que será leida con sumo interés por ser su protagonista, uno de los hombres célebres de la historia.

En ella se verán los principales pasages, y las vicisitudes desgarradoras por que pasaron vencedores y vencidos en la CONQUISTA DEL PERU.

Tal es el título de la presente obra: en ella hemos procurado escribir la imparcialidad de los hechos, sin entrometernos en la adulacion, por ser enemigos de ella, sus editores,

A. BOURET É HIJO.

FRANCISCO PIZARRO

CONQUISTA DEL PERU

CAPITULO I

JUVENTUD DE PIZARRO

Francisco Pizarro nació en Trujillo, ciudad de Estremadura en España. La época de su nacimiento es incierta; pero probablemente fué hácia 1471. Era hijo natural, y no debe sorprendernos que sus padres no se cuidasen mucho de perpetuar la fecha de su nacimiento. Pocos gustan de consignar

el testimonio de sus faltas. Su padre, Gonzarro Pizarro, era coronel de infantería, sirvió con alguna distincion en las campañas italianas bajo las órdenes del Gran Capitan, y luego en las guerras de Navarra. Su madre, Francisca Gonzalez, era mujer de humilde condicion en la ciudad de Trujillo.

Poco se sabe de los primeros años de nuestro héroe, y aun ese poco no siempre es digno de fe. Segun unos, sus padres le abandonaron, dejándolo como espósito á la puerta de una iglesia de las principales de la ciudad.

La primera vez que oimos hablar de él en el Nuevo-Mundo, es en la Española, en 1510, donde sentó plaza en la espedicion á Uraba en Tierra Firme, bajo las órdenes de Alonso de Ojeda

En 1515 se le destinó con otro militar llamado Morales para atravesar el Istmo y comerciar con los naturales en las playas del Pacífico.

No resulta de ningun dato que Pizarro manifestase mas ardor que los demás; ni era tal el estado de sus fondos que pudiese concebir esperanzas de buen éxito sin grandes auxilios por parte de otros. Encontró este auxilio en otros dos individuos de la colonia, que desempeñaron un papel demasiado

importante en los acontec mientos posteriores para que no hablemos de ellos en particular.

Uno de ellos, Diego de Almagro, era un soldado de fortuna, probablemente de alguna mas edad que Pizarro aunque poco se sabe de su nacimiento, y aun está en duda el lugar en que ocurrió. Supónese nació en la ciudad de Almagro, en Castilla la Nueva, que de donde, por falta de orígen mas claro, se deduce su nombre puesto que, lo mismo que Pizarro, era espósito.

El otro era Hernando de Luque, eclesiástico español, que desempeñaba las funciones de cura en Panamá, y que antes habia sido maestre escuela en la cátedral de Darien. Parece haber sido hombre de singular prudencia y conocimiento de mundo, y por sus cualidades habia logrado ejercer mucha influencia en la pequeña sociedad á que pertenecia, y manejar fondos que hacian que su cooperacion fuese esencial al buen éxito de la empresa.

EL EMBARQUE

Convínose entre los tres socios que los militares contribuirian con su pequeño haber al costeo de los gastos del armamento, pero Luque fué el que proporcionó la mayor parte de los fondos. Pizarro habia de tomar el mando de la espedicion, y á Almagro tocaba equipar y surtir de víveres á los buques. Los sócios obtuvieron fácilmente el consentimiento del gobernador para llevar á cabo su empresa.

Auxiliado de esta manera con los fondos de Luque y con el consentimiento del gobernador, Almagro no tardó mucho en hacer sus preparativos para el viaje. Compráronse dos buques pequeños, el mayor de los cuales habia sido construido por Balboa para emprender en persona esta misma espedicion. Desde su muerte habia permanecido desmantelado en el puerto de Panamá. RecorrióseIe lo mejor que se pudo, y se le puso en disposicion de salir al mar, mientras que se metian á bordo

las provisiones y pertrechos con una prontitud que hacia mas honor al celo de Almagro que á su prevision.

Con estos materiales reunió Almagro un cuerpo como de unos cien hombres, y estando todo dispuesto, Pizarro tomó el mando, y levando anclas, salió del pequeño puerto de Panamá á mediados de noviembre de 1524. Almagro debia salir despues de él en otro buque menor, en cuanto este se hallase listo.

Doblando el puerto de Piñas, el buquecillo entró en el rio Birú, y la mala aplicacion de este nombre fué, segun creen algunos, lo que dió orígen al del imperio de los Incas.

Despues de navegar por este rio unas dos leguas, Pizarro mandó fondear, y desembarcando todas sus fuerzas, esceptuando á los marineros, procedió al frente de ellas á esplorar el país. El terreno era un vasto pantano en que las fuertes lluvias habian dejado innumerables charcos de agua estancada, y el fango no ofrecia punto de apoyo al pié del viajero.

Este triste pantano estaba rodeado de bosques, al través de cuya espesa vejetacion y de la enredada

maleza que la cubria, penetraban con mucha dificultad; y saliendo por fin de ellos, encontraron en una region montañosa, de carácter tan áspero y llena de tantas piedras, que les cortaba los piés hasta el hueso, y el soldado cansado, con la carga de su pesada malla ó del justillo de algodon es esamente entretelado, apenas podia arrastrar un pié tras otro.

DESVENTURAS DE LOS VIAGEROS

Pizarro, sin embargo, no se descorazonaba, y trataba de reanimar el valor de los suyos, rogándoles que no se desanimasen por dificultades que un corazon intrépido sobrepuja siempre sin duda guna, y les recordada al mismo tiempo el premio de abundante oro reservado para los que perseverasen en la empresa.

Despues de costear algunas leguas, Pizarro echó el ancla en un paraje de aspecto no muy halagüeño,

donde embarcó leña y agua. Luego, dirigiéndose un poco mas hácia alta mar, continuó su rumbo hácia el Sur. Pero en esto fué contrariado por una serie de tormentas, acompañadas por truenes espantosos y torrentes de lluvia como no se ven sino en las tempestades de los trópicos.

Para aumento de desgracia, empezaron á escasear las provisiones y sobre todo el agua, de la cual solo tenian unos pocos barriles; porque Almagro habia contado con que de cuando en cuando renovarian sus escasas provisiones en la costa. Toda su carne estaba consumida, y quedaron reducidos á la racion miserable de dos mazorcas diarias de maiz para cada hombre.

Combatidos de este modo por el hambre y por los elementos, los desgraciados viajeros se dieron por muy satisfechos con volverse atrás y con encontrar el último puerto en que habian hecho provision de agua y leña.

Entre tanto apenas cesaba de caer la lluvia, y el suelo cubierto de hojas y saturado de humedad, parecia huir resbalándose bajo sus piés.

Enteramente desanimados por el aspecto del país, los españoles empezaron á comprender que

no habian ganado nada con venir á tierra, y empezaron tambien á temer sériamente que se moririan de hambre en una region que no producia mas fruto que unas hayas desagradables que recogian algunas veces en el bosque.

Pero Pizarro estaba dispuesto á combatir males y desgracias aun mayores que estas antes de volver á Panamá con su crédito arruinado, y para ser objeto de la burla general como visionario que habia incitado á otros á embarcarse en una empresa que él no habia tenido valor suficiente para llevar á cabo.

Sin embargo, como sus necesidades eran urgentes, resolvió enviar el buque á la isla de las Perlas, para que trajese á su gente un nuevo surtido de provisiones con que pudiesen marchar adelante con nueva y mejor esperanza. La distancia no era muy grande, y pocos dias habian de bastar para sacarlos de su triste posicion. El oficial á quien se confió este servicio se llamaba Montenegro, el cual llevándose cerca de la mitad de la gente, y despues de recibir las instrucciones de Pizarro, se hizo inmediatamente á la vela y se dirigió hácia la indicada isla.

Dia tras dia y semana tras semana habia pasado ya, y no se habian recibido noticias del buque que habia de traer socorro á los aventureros.

DESCUBRIMIENTO DE TIERRA

En esta crísis vinieron á decir á Pizarro haberse descubierto una luz al través de una remota abertura del bosque. Recibió esta noticia con alegría difícil de describir, puesto que le anunciaba la proximidad de alguna poblacion; y colocándose al frente de una pequeña partida, se dirigió al punto indicado para reconocerlo.

No fué chasqueado por cierto, porque despues de salvar penosamente una espesa estension de monte bajo y follaje, descubrió un desmonte en que estaba situado un pueblecillo de indios.

Los tímidos habitantes, al ver la repentina aparicion de hombres tan estraños, abandonaron espantados sus chozas; y lanzándose á ellas los ham-

brientos españoles, se apoderaron con ansia de lo que contenian, que eran alimentos compuestos en su mayor parte de maiz y cocos. Este socorro, aunque pequeño, era demasiado oportuno para que no los llenase de gozo.

PRIMER ENCUENTRO DE LOS AVENTUREROS CON LOS INDIGENAS

Los asombrados indígenas no les ofrecieron resistencia alguna. Pero recobrando su confianza al ver que no se les hacia daño alguno, se acercaron á los blancos y les preguntaron que por qué no se quedaban en su país y cultivaban sus tierras, en lugar de andar vagando y robando á los que nunca les habian hecho daño alguno.

Sea cual fuere su modo de pensar sobre la cuestion de derecho, parece probable que en aquel momento pensasen los españoles que hubieran hecho muy bien en observar la conducta que les aconsejaban los indios. Pero los salvajes llevaban

en sus personas adornos de oro aunque groseramente trabajados. Estos adornos eran la mejor contestacion posible á su pregunta. El cebo del oro era lo que habia impulsado al aventurero español á abandonar su hermosa patria para luchar con los peligros del desierto.

Por fin, despues de trascurridas seis semanas, los españoles descubrieron con alegría difícil de esplicar que volvia el buque en que se habian marchado sus compañeros, y poco despues Montenegro entró en el puerto con una ámplia provision de bastimentos para sus hambrientos compatriotas. Grande fué su horror al contemplar el aspecto de estos. Sus rostros enflaquecidos, sus cuerpos debilitados por el hambre y las enfermedades, hacian que apenas los conociesen sus antiguos compañeros.

Restablecidos con los sólidos alimentos de que durante tanto tiempo habian estado privados, los españoles, con esa elasticidad propia de hombres acostumbrados á una vida vagamunda y rodeada de peligros, olvidaron sus desgracias pasadas en su ansia por llevar adelante su empresa.

Volviendo, pues, á bordo de su buque, Pizarro

se despidió del teatro de tantos padecimientos, que infamó con el nombre oportuno de *Puerto del Hambre*, y desplegó de nuevo sus velas ante la favorable brisa que le impulsaba hácia el Sur.

PUNTA QUEMADA

El tiempo, que hasta entonces habia sido favorable, empezó á volverse borrascoso con fuertes chubascos, y con incesantes truenos y relámpagos; y la lluvia, como sucede siempre en estas tormentas de los trópicos, caia no tanto en gotas como en raudales no interrumpidos de agua.

La furia de la tormenta amainó poco á poco, y el buquecillo siguió su curso por la costa hasta encontrarse al frente de una lengua de tierra á que Pizarro dió el nombre de Punta Quemada, y en que mandó fondear.

Viendo varias calles abiertas en este bosque espeso, Pizarro calculó que el país debia estar habi-

tado, y desembarcó con la mayor parte de su fuerza para esplorar lo interior.

Apenas hubo penetrado algo mas de una legua, cuando se verificó su conjetura con el descubrimiento de una ciudad de indios, algo mayor que las que hasta entonces habian visto, colocada en la falda de un monte y bien defendida por medio de empalizadas. Los habitantes, segun costumbre, la habian abandonado; pero dejando en sus habitaciones provisiones abundantes y algunas frioleras de oro que los españoles no vacilaron en apropiarse.

RUDO COMBATE

Estos pertenecian á una raza belicosa. Habian abandonado sus habitaciones para poner á sus mujeres é hijos en lugar seguro; pero no habian perdido de vista los movimientos de los invasores; y cuando vieron divididas sus fuerzas, resol-

vieron caer sobre ambas una despues de otra, y antes que se pudiesen prestar socorro mútuo.

Por consiguiente, en cuanto Montenegro hubo penetrado en los desfiladeros de las elevadas colinas que salen hácia esta parte de la costa como espolones de las Cordilleras, los guerreros indios salieron repentinamente de su emboscada, y dispararon una nube de flechas y otros proyectiles que oscurecieron el aire, estremeciendo al mismo tiempo los bosques con su agudo grito de guerra.

Los españoles, asombrados al aspecto de estos salvajes con los cuerpos desnudos y pintados de colores brillantes, blandiendo sus armas al deslizarse entre los árboles y el monte bajo que cerraba el desfiladero, se quedaron sorprendidos y confusos, y por un momento en el mas completo desórden. Tres ellos de quedaron muertos y varios heridos. Pero recobrándose muy pronto, devolvieron la descarga del enemigo con sus ballestas, porque parece que las tropas de Pizarro no tenian armas de fuego en esta espedicion, y cargando luego con intrepidez, y con espada en mano, lograron ponerlos en fuga, hácia las montañas. Sin embargo, solo consiguieron hacerles cambiar el teatro de sus

operaciones, y que fuesen á atacar á Pizarro antes que su lugarteniente pudiera prestarle auxilio.

VALOR DE PIZARRO

Rechazado por la furia del ataque dirigido contra su persona, el capitan español se retiraba por el declive de la colina, defendiéndose como mejor podia con su espada y su broquel, cuando resbaló y cayó al suelo. El enemigo lanzó un alarido feroz de triunfo, y algunos de los mas audaces se acercaron á él para acabarlo. Pero Pizarro volvió á ponerse en pié en un momento, y matando á dos con su mano vigorosa, mantuvo á los demás á respetuosa distancia mientras que acudian sus soldados á defenderlo.

Asombrados los bárbaros al ver tanto valor, empezaron á vacilar, cuando llegando oportunamente Montenegro, y atacándolos por retaguardia, los puso en completa dispersion; y abandonando el

campo se retiraron como pudieron á las guaridas de las montañas. El campo estaba cubierto con sus muertos; pero la victoria costó muy cara, pues murieron dos españoles mas y hubo muchos heridos.

Reunióse entonces un consejo de guerra. La posicion habia perdido toda su belleza para los españoles, que aquí habian encontrado por primera vez resistencia desde que habian emprendido su espedicion.

Hacíase muy duro á Pizarro presentarse al gobernador en el estado presente de la empresa. Determinó, pues, desembarcar con la mayor parte de su gente en Chicamá, lugar situado en Tierra Firme, á poca distancia al Oeste de Panamá. Desde este punto, á que llegó sin mas dificultades ni peligros, despachó á su buque, y en él á su tesorero Nicolás de Ribera, con todo el oro que se habia recogido, y con instrucciones para dar al gobernador un informe detallado y completo de sus descubrimientos y del resultado de la espedicion.

REFUERZOS DE LA ESPEDICION

Mientras estas cosas pasaban, Almagro, el compañero de Pizarro, se habia ocupado activamente en disponer otro buque para la espedicion en el puerto de Panamá, mas solo mucho tiempo desdespues de la marcha de su compañero estuvo preparado á seguirlo. Auxiliado por Luque, al fin logró equipar una pequeña carabela y embarcar un cuerpo de sesenta á setenta aventureros, casi todos de la clase mas ínfima de la colonia.

Dióse á la vela y siguió el rumbo de su compañero, con la intencion de alcanzarlo lo mas pronto posible. Mediante una señal en que antes habian convenido y que hacian en la corteza de los árboles pudo reconocer todos los puntos en que habia estado Pizarro, Puerto de Piñas, Puerto del Hambre, Pueblo Quemado; tocando sucesivamente en todos

los puntos del litoral esplorados por sus compatriota, saunque en mucho menos tiempo.

VICTORIA — ALMAGRO HERIDO

En el último punto indicado, fué recibido por los fieros naturales con las mismas demostraciones hostiles que habia sufrido Pizarro, aunque en este encuentro no se atrevieron los indígenas á salir de sus obras defensivas. Pero exasperóse tanto el ardor de Almagro con este obstáculo, que espada en mano tomó por asalto el pueblo, incendió la empalizada y las habitaciones, é hizo huir á los bosques á los miserables habitantes.

Su victoria le costó cara. Herido con un dardo en la cabeza, prodújole esto una inflamacion en un ojo, que despues de grandes padecimientos, perdió enteramente. A pesar de esto el intrépido aventurero no vaciló en proseguir su viaje, y despues de tocar en diferentes puntos de la costa, al-

unos de los cuales lo recompensaron con un conidérable botin de oro, llegó á la embocadura del *Rio de San Juan*, que está como al cuarto grado de latitud. Sorprendióle la hermosura del rio, y lo cultivado de sus márgenes, que estaban salpicada de chozas de indios en cuya construccion se descubria algun arte, mientras que todas las casas juntas revelaban un grado de civilizacion mas elevado que todo lo que hasta entonces habia visto.

Sin embargo, estaba lleno de inquietud y zozobra por la suerte de Pizarro y de los suyos. Hacia mucho tiempo que no encontraba rastro alguno de ellos en la costa, y era claro que ó debian haberse hundido en medio del Océano, ó emprendido su viaje de vuelta á Panamá. Esto último le pareció lo mas probable, puesto que el otro buque pudo pasar junto al suyo sin ser observado durante la noche, ó en medio de esas espesas neblinas que algunas veces envuelven aquella costa.

Convencido de esto, no se determinó á continuar su viaje de descubrimientos, para el cual efectivamente no bastaba su pequeño buque con su escasa dotacion de hombres.

Resolvióse pues á volver en el acto, y tocando

en las islas de las Perlas, supo allí el resultado de la espedicion de su amigo, y el paradero de este. Tomando inmediatamente el rumbo de Chicamá, los dos aventureros tuvieron muy pronto el placer de abrazarse, y de referirse mútuamente sus hazañas y peligros.

Almagro traia mas oro aun que su sócio, y á cada paso de su navegacion habia aquirido nuevas pruebas de la existencia de un imperio opulento y grande hácia el Sur. Mucho se fortaleció con estos descubrimientos la confianza de los dos amigos; y ambos se juraron mútuamente morir mas bien que abandonar la empresa.

CAPITULO II

LLEGADA A PANAMA

Al llegar á Panamá supo Almagro que las cosas habian tomado un aspecto menos favorable á sus planes de lo que esperaba. Pedrarias, el gobernador, se estaba preparando para mandar en persona una espedicion contra un oficial rebelde en Nicaragua; y su genio, que naturalmente no era de los mas amables, se habia agriado aun mas con la